su hinchado seno... se ha arrellenado con indolencia en una silla, detrás del puesto, colocando sus diminutos piés sobre el saco de castañas para preservarlos del frío, y arrebujado en su mantón de lana como en un nido caliente...

Y la actitud indolente de la joven hermosamente gestuda, pregona lo inútil del esfuerzo de la mujer fuerte y presagia el triste fin de aquellos santos propósitos!...

¡EL HAMBRE ES DURA!

No llueve, la tierra se ha endurecido, no hay labores...

Toda una familia de labriegos ha estado la Noche buena y su víspera, sin descansar, para elaborar tres arrobas de esparto... ¡Han ganado, en junto, doce reales!

Hay un medio con el que se gana más, pero es peligroso; se pone en práctica cuando el hambre aprieta; consiste en ir *á por esparto* á las mismas atochas, es decir, ¡á robarlo!

Antes, al pobre, en invierno, le quedaba el

recurso de ir á la sierra; los montes eran *libres*. Hoy pertenecen éstos á dueños particulares y están vigilados por guardas rurales y guardia civil... Los *esparteros* (los que van á robar el esparto en las atochas) son perseguidos con encono, como ladrones de la peor calaña. ¡Bien saben los infelices *esparteros* que se exponen á un balazo, que peligra su libertad, que los pillan y los muelen á golpes... ¡pero el hambre es dura!

. . . . . .

A la caida de la tarde sale la pandilla del pueblo, casi nunca van menos de tres; algunas veces se han juntado hasta quince ó dieciseis... Son hombres y mozuelos, enteros de ánimo, astutos, ligeros como liebres...

Dijeron:

—¿Vamos esta noche *á por esparto?*

—¡Vamos!

Y, convenidos, se han juntado en las afueras del lugar, saliendo cada uno por su lado, para no llamar la atención de la guardia civil, que los cela de muerte.

En las casas de los *esparteros* saben las familias la aventura que corren sus hombres, los peligros... y quedan en desasosiego mortal... Saben las pobres mujeres que muchas veces los pillan... que los hinchan á palos... que los llevan *pa alante, cargaos* con el esparto *robao,* á las cárceles de Cieza ó Blanca, haciéndoles caminar *asina* dos ó tres leguas... saben que, en la desesperación, algunas veces hay refriegas con los guardas y que, en el desamparo de la sierra y en la noche más obscura que boca de lobo... *¡anguno cae pa no levantarse más!*

. . . . . .

Se ha puesto el sol, la luna saldrá de *madrugá;* la noche, *escura,* que no se ven los *deos* de la mano, protege á los *esparteros*...

Van al coto del *Agua amarga,* al de *La corona*... siguen trochas que nadie conoce, por el hondo de los barrancos... pasan en ocasiones por donde ni las cabras podrían pasar, y se alejan tres y cuatro leguas, llegando hasta término de Jumilla... ¡Siempre agazapándose al cruzar por sitio pasajero, sin dejar *sentirse las pisás* y corriendo como exhalaciones!...

Caen como una nube sobre el esparto, verde todavía... arrancan sin compasión ni miramiento, como quien va á la *pillá*, y dan fin de las atochas sin dejarlas que medren!...

Dicen los guardas:

—Más vale el *estrozo* que hacen que lo que se llevan... ¡Pero la paga el que pillamos!

Y, efectivamente. El que pillan, si libró la pelleja de la refriega, si la hubo, ó del palizón, que es cosa corriente como buen sistema de escarmiento, paga con unos meses de cárcel. De Cieza ó Blanca los llevan á Mula,

que es el partido judicial, y después á Murcia.

. . . . . .

Si salen bien de la aventura, vuelven con los claros del día, de noche casi... Llegan jadeantes, con la lengua por el suelo, hundidos bajo el haz... con el atosigo, con el azoramiento del que lleva á cuestas lo robado... Algunas veces, perseguidos de lejos por la guardia civil, que los atisbó, entran á todo correr en el pueblo y desaparecen en los negros hogares...

Las mujeres no se acostaron; encogidas junto al hogar sin lumbre, temblando de miedo y de frío, en ansiedad mortal, pasaron la noche contando las horas...